



ME LARGO A VOLVER CONMIGO

~ Natalia Méndez Sarmiento ~

MENDOZA

CRÓNICA DE UN AUTOSTOP FALLIDO

Aunque el destino final era la Patagonia, el recorrido lo empezamos en sentido contrario, lo que causaba intriga en quien nos preguntaba. La razón para hacerlo es que en Tanti, un pueblo ubicado en la provincia de Córdoba hacia el norte de Argentina, vivía mi primo y su familia y quisimos visitarlos con Eme. Pasamos allí un par de semanas cuidando de sus dos nenas, hasta que viajamos a la capital —también Córdoba—, que nos recibió con tres días de tormenta, entonces decidimos ir hacia el sur.

Allí surgió una idea. Ya habíamos derrumbado los mitos del tren en Argentina, habíamos tomado bus hasta Iguazú y avión hasta Buenos Aires. ¿Por qué no hacer el primer autostop del viaje? Este es, tal vez, uno de los mitos mochileros más considerables. Y es comprensible: pararse en mitad de una carretera y pedirle a completos desconocidos un aventón gratis parece una práctica peligrosa e insensata. Pero más allá de eso, ¿no conocíamos su parafernalia! Cometimos tantos errores que, al final del día, terminamos tomando un autobús desde Justo Daract en la Provincia de San Luis, hasta la ciudad de Mendoza. La siguiente es la crónica de un autostop fallido.

Eran las dos de la mañana. Dormíamos en las sillas del hostel de Córdoba. Víctor, el dueño, pidió un taxi para llevarnos al terminal de buses, íbamos en dirección a Río Cuarto, justo donde se encontraba la carretera a Mendoza. Allí, según Víctor, sería más fácil lanzarnos a hacer el primer autostop de 400 kilómetros. Nunca previmos que, en una distancia de tal magnitud, lo más probable es que no pudiera llevarnos un solo auto.

Llegamos a Río Cuarto poco antes de las siete de la mañana, pero estábamos lejos de la carretera indicada. La recomendación fue tomar un taxi hacia una estación de servicio porque supuestamente la ruta era sumamente peligrosa. ¿Según quién? Según el vigilante del terminal, el taxista, Víctor y unos mochileros chilenos, a quienes les habían robado todo ahí. Parecía un país tan amable... lo había sido durante estos cinco meses que, sinceramente, dudaba de estas apreciaciones. Sin embargo, la voz de la experiencia nos quedó retumbando.

A esa hora la gasolinera era un desierto sumergido en pastizales secos. Abordamos a los pocos conductores que pasaban por allí intentando convencerlos de llevarnos, pero todos resultaron renuentes. Especialmente porque insistíamos en que debíamos llegar a Mendoza, en vez de pedir tramos de menor kilometraje. Además no es tan viable una respuesta positiva al abordar conductores en una estación. Al menos sobre la carretera, ellos tienen la posibilidad de frenar o no. Por el contrario, buscarlos directamente significa obligarlos a responder inmediatamente y se necesita de un carisma monumental para convencerlos.

De las súplicas y la sonrisa pasamos a la ira y la frustración. Era mediodía, habían pasado más de cinco horas y nosotros permanecíamos en Río Cuarto, saturados de apatía. Los camioneros decían que había una banda de ladrones en esa región de Argentina, que se hacían pasar por mochileros para robarles hasta el camión. A mí me parecía la tradicional historia que comienza con la frase: “esto le sucedió al amigo de un amigo”, un mito rutero que les impedía auxiliarnos.

Viéndolo en retrospectiva concluyo: lo estábamos haciendo todo mal. El kilometraje era excesivo, no teníamos actitud ni poder de convencimiento, nos habíamos dejado guiar por el miedo y ni siquiera llegamos a inspeccionar un mapa para entender dónde estábamos. Las probabilidades de fallar eran inmensas, pero no lo sospechábamos.

A la una de la tarde, cuando ya parecía un hecho el fracaso y buscábamos regresar al pueblo más cercano, un hombre en una camioneta se plantó frente a nosotros y nos preguntó si aún sería útil su ayuda. De tantos personajes que habíamos cruzado no podía recordar quién era, aunque él juraba habernos visto en la mañana. La cuestión era que se dirigía a trabajar a un cultivo a 100 kilómetros y la ruta no era precisamente la planeada. Erróneo o no, ante la mínima luz de esperanza nos embarcamos al primer autostop de esta historia.

Mil sensaciones oscilaban entre la satisfacción por lograrlo tras horas de calor y súplicas y el miedo por ser la primera vez que abordábamos el auto de un desconocido. La incertidumbre viajera iba encontrando respuestas cuando apenas se hacían las preguntas.

Durante los 100 kilómetros fue fácil conversar con él. Hubo empatía por Radamel Falcao y por la Ciudad Amurallada de Cartagena, que hacía poco había recorrido con su hijo. Parecía entender nuestro viaje, pero no dejaba de preguntarnos si no era muy arriesgado hacer la travesía que pensábamos. Para ese entonces no teníamos los argumentos para responder que no lo era. De hecho, guardábamos silencio y aguardábamos lo mejor, dado que no éramos ni los primeros ni los últimos en hacerlo.

El recorrido fue rápido y nos devolvió la confianza para convertirnos en buenos autoestopistas, aunque fuera una ilusión pasajera. El conductor frenó en otra estación de servicio tras dos horas de viaje y aseguró que pararía allí tal cantidad de camiones que no había manera de quedarnos atorados. Pero la realidad contradecía sus palabras. Si la estación anterior era un desierto, esta era la propia superficie de un planeta inhabitado. Norte, sur, oriente, occidente: hacia donde miráramos solo campos amarillos de extensos cultivos. Lo único que pasaba en la ruta eran tractores, además, en dirección contraria a nuestro destino. Teníamos hambre, sed y un calor propio del desierto, aunque estuviéramos en él únicamente a manera de metáfora.

La paciencia llegaba al límite. El reloj marcaba las 4 pm. y apenas habíamos avanzado 100 kilómetros. Nueve horas haciendo autostop, es un tiempo récord en mi vida viajera. Más o menos a las cinco, cuando ya intuíamos que dormiríamos en la gasolinera, convencimos al conductor de una camioneta de llevarnos al menos otro tramo. Esta vez, hasta un pueblo de nombre Justo Daract, a casi 400 kilómetros de Mendoza. ¡No habíamos avanzado nada! Al contrario, nos habíamos desviado hacia el oriente y estábamos lejos de cualquier carretera transitada.

Llegamos a Justo Daract, un pueblo pequeño de casas bajitas y parques abandonados con altos pastizales. Allí impusimos nuestra propia barrera mental. Fue difícil persuadirnos de volver a intentarlo. Nos convencimos que no teníamos la actitud ni la valentía de pararnos en la banquina durante horas a esperar un auto. Aquel día, la excusa de ser novatos nos hizo desistir por un largo periodo de tiempo. Un drama totalmente innecesario y erróneo. Al dejarnos apabullar por pensamientos negativos, estábamos cerrando las posibilidades de conocer personas y aprender del viaje de una manera poco convencional. Las propias barreras son las peores enemigas.

Con la sensación de haber sido derrotados –o autoproclamados “derrotados”–, tomamos un autobús en la terminal de Justo Daract y llegamos a medianoche a Mendoza. “¿Dormimos en la terminal?”, le pregunté a Eme. Nos acostamos sobre los bancos de madera, amarramos nuestras maletas a las patas del asiento y a nuestras piernas e hicimos lo que estuvo a nuestro alcance para dormir con los sentidos alerta.

–Ustedes llevan durmiendo una semana en la terminal ¡Está prohibido! Si los vuelvo a ver, me los llevo –gritó un policía a las cinco de la mañana.

–No señor. Solo estuvimos esta madrugada porque no sabíamos en qué hostel dormir –respondí.

–Toda la semana han dormido aquí. No los quiero ver más.

¿TE GUSTÓ ESTE CAPÍTULO?

Consigue el **libro completo** en físico o digital en **mi tienda** o en la **Librería Nacional** (si estás en Colombia)



[COMPRAR EL LIBRO COMPLETO](#)

